

JOSÉ JUAN TABLADA. *Obras completas VII. La resurrección de los ídolos. Novela americana inédita*. Prólogo y notas de José Eduardo Serrato. México: UNAM, 2003.

Tablada y la política del espíritu

La resurrección de la única novela conocida del sobre todo poeta José Juan Tablada es un gran acierto pues, aunque como narración no cuaje del todo, viene a complementar sus facetas más conocidas de poeta y cronista, en lo que a él se refiere, y a diversificar más el paisaje narrativo de su época, tanto a nivel mexicano como hispanoamericano, que, a partir de ahora, no puede prescindir de esta rara novela que aúna lo teosófico y lo político, y en términos literarios, vincula lo tardomodernista, lo vanguardista y hasta elementos costumbristas y populares, en un ensamble curioso y atractivo.

La resurrección de los ídolos fue publicada por entregas en periódico en 1924, apenas dos años antes que el escritor inglés D.H. Lawrence publicara su novela de asunto parecido *La serpiente emplumada* y, pese a la disparidad literaria de estos títulos, comparten una preocupación por dar cuenta de las posibilidades de lo indígena americano, en un caso visto desde Europa, en el otro también, pese a tratarse de un mexicano escribiendo en su país, pues ambos piensan, más allá de su ubicación geográfica, desde una razón occidental en que lo indígena es lo otro, lo extraño.

Las soluciones de cada autor son diferentes: en Lawrence lo indígena es posibilidad de redención para Europa, al brindar una vitalista religiosidad pagana que se imponga sobre el enclenque cristianismo y el cínico materialismo; para Tablada, lo indígena es aceptable en la medida en que se depure de sus aspectos oscuros, de Tezcatlipoca y de Huichilobos, y se acerque a un luminoso Quetzalcóatl, quien después de todo, no es más que “la manifestación india de Cristo”, esto es, en la medida en que lo indígena se cristianice. No olvidemos tener en cuenta que tanto en Lawrence como en Tablada las lecturas teosóficas fueron importantes en la conformación de sus respectivas ideologías literarias, por ejemplo, la supuesta vinculación de los indígenas americanos con la hundida Atlántida, noción que, aunque venía del hermetismo barroco de Kircher, había cobrado nuevos bríos en el fin del siglo XIX

con la antropogénesis racial de Blavatsky y las exploraciones arqueológicas de Le Plongeon.

Tablada supone una oposición nacional a nivel arquetípico entre un lado luminoso y otro oscuro (Quetzalcóatl-Arcángel versus Huitzilopochtli-Le-proso); éste último es el que se ha impuesto en el país políticamente y ha sumido a la población en la ignorancia y la violencia. Por esto la solución reside, como en Vasconcelos, en un cambio cultural y espiritual que promueva la educación y la paz: “conseguida la Libertad, el ideal supremo es la Paz”, nos dice el narrador (en esa misma época, otros pensaban que, conseguida la libertad, el ideal supremo era la justicia), y más adelante comenta que “no había empresa más urgente, ni acción más meritoria, ni tarea más sagrada, que enseñar al que no sabe. Era a un tiempo la obra de misericordia cristiana y la gran obra de la alquimia espiritual, lo que los teósofos llaman el “servicio” en su más urgente forma” (88).

Nótese como la teosofía, lejos de aislar a Tablada en una burbuja individual, en una logia o en un *ashram*, lo lanza a la acción y a la reflexión políticas. Nada más engañoso que imaginarse a los teósofos como místicos ingenuos del reino de este mundo, como esos “teósofos de hojalata” de los que se burlaba Cardoza y Aragón cuando, años más tarde, describe a Tablada según sus endebles recuerdos y sus fuertes prejuicios, pues ya desde los tiempos de Blavatsky siempre se les había visto involucrados en la política en modos reformistas y anticolonialistas, tendencia que se acentuó con la llegada de Annie Besant a la presidencia de la Sociedad Teosófica, una conversa del socialismo fabiano al ocultismo. El cubano José Martí escribió una crónica sobre ella en su visita a Nueva York, en la que nos dice: “Annie Besant lo que quiere es que se piense con libertad, que el hombre conozca y fomente lo puro de sí, que se vea el mundo como una vía de deberes purificadores, que se ame al hombre y se le sirva, que a la verdad se la quiera más que al padre y a la madre y a los hijos, que la vida del hombre se emplee en redimir la raza humana”. Lo mismo quería Tablada, según se desprende de su novela.

El desplazamiento de la sede de la Sociedad Teosófica de Nueva York a la India acentuó su visión política al ponerse del lado de los colonizados, ahora detentadores de la sabiduría primordial ante el escándalo de los misioneros cristianos y las clases coloniales. Este reposicionamiento significaba la lucha primero por la autonomía y luego por la independencia, proceso que culminará Gandhi, reconectado a su propia tradición religiosa hinduista por los teósofos ingleses, según nos cuenta en su autobiografía.

En Europa los teósofos solieron vincularse con movimientos como el feminismo y el socialismo democrático, por la defensa de los animales, por las reformas educativas, incluida la sexual. En América Latina, escritores en quienes la teosofía dejó huella, como Leopoldo Lugones en Argentina o Roberto

Brenes Mesén, en Costa Rica, tuvieron una fuerte acción política aunque, como en el caso de Tablada, sus propuestas no fructificaron. Bueno, hasta el revolucionario nicaragüense Sandino usa una retórica teosófica en su famoso manifiesto “Luz y Verdad”. La teosofía y la masonería lo respaldaron éticamente, como el espiritismo hizo con Madero en México, y les infundió un carisma heroico que los llevó a la acción. La crítica histórica y literaria, sobre todo en español, ha descuidado estos vínculos con lo religioso y con lo ocultista en particular (como bien lo señalaba Octavio Paz en *Los hijos del limo*), viéndolos en todo caso como una suerte de extravagancia o moda de los autores, y no como lo que son: elementos considerados hasta ahora marginales pero que, vistos de otra forma, y en adecuado contexto, enriquecen las posibilidades hermenéuticas de obra, autor y sociedad.

Esta política del espíritu de Tablada que renueva al ser humano por la educación, medio ideal de transformación de la sociedad, sin duda se vincula con Vasconcelos, de quien Tablada reconoce en especial el influjo de sus *Estudios Indostánicos*, un libro importante en la historia cultural hispanoamericana, en la medida que, de manera pionera, se abre al estudio de la filosofía no europea, asiática en este caso. Claro que buena parte del libro se va en informar y en describir para neófitos en el tema, más que en reflexionar al respecto. Algunos hablan sobre las supuestas proclividades teosóficas de Vasconcelos, cosa de la que dudo, pues justamente en este libro, en una larga nota al pie, el autor se lanza contra la teosofía de Blavatsky y Besant, de la que se deslinda. De hecho, en lo que se refiere a recepción del budismo en español, este libro es un parteaguas entre el budismo teosófico de los modernistas, místico y decadente, que entonces imperaba, y el budismo como objeto académico e intelectual hacia el que Vasconcelos apunta y que luego seguirá otro filósofo, Ortega y Gasset.

Está también el asunto de la recuperación de lo indígena desde el ámbito de la alta cultura. El modernismo, al que fácilmente se le atribuye el haber sido extranjerizante, retoma a su manera elementos de la tradición prehispánica, aunque haga una lectura y una conformación del tema muy a la europea, siguiendo una retórica exotista. Tablada tiene una visión larga de México que va más allá de la Independencia y la Colonia, pues también está esa dimensión indígena que se hunde en los siglos oscuros. A su juicio, dicha dimensión ha sido un campo de batalla entre la luz y la oscuridad, entre Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, en el que parece que la victoria es para el segundo, aunque, como buen teósofo, es optimista, y a la larga, afirma, se impondrá el principio luminoso en su advocación crística.

Este gusto por lo antiguo, por las ruinas vivas prehispánicas, se da en buena parte de los modernistas, ya desde Darío, por ejemplo, cuando escribió su cuento *Huitzilopochtli*. Siguió luego con autores como Mario Roso de Luna

en España, sin duda el escritor teosófico más importante, quien, además de una abundante obra doctrinal escrita con gran estilo, escribió cuentos y novelas, en los que se aprecia su gusto por el pasado español, precristiano. En Costa Rica hay dos escritores salidos de las filas teosóficas, vinculados a la naciente arqueología profesional, y que escribieron novelas de tema indígena: María Fernández de Tinoco, quien escribió en 1909 el díptico *Zulay y Yontá*, y en la misma década de la novela de Tablada, en 1929, Diego Povedano publica *Arausi*, novela de indigenismo atlante. La lista podría ampliarse con ejemplos de otros países latinoamericanos.

En todos estos casos, aparte de una buena cuota de fantasía, se proyecta sobre el mundo indígena los problemas propios del poeta y su sociedad. Así, ante la particular crisis religiosa promovida por la secularización de las ideas y las costumbres que el fin de siglo promovió, Tablada proyecta un dualismo y una utopía cristianas sobre la cosmovisión indígena. La teosofía le permite hacer esta operación intelectual, dado su propio operar sincrético al vincular analógicamente diferentes corrientes religiosas.

Un último punto que quiero mencionar sobre la novela de Tablada es su gran cantidad de referencias a las drogas: “los cactus erizos; de uno de ellos sacan los apaches su haschich”, el opio de los chinos y sobre todo la marihuana, de la que el narrador muestra un amplio conocimiento, incluso en términos de argot: “grifo”, “mota”, “Chabela”, “chicharra”, “vacilar de olete”, en fin, una valiosa fuente para quien quisiera hacer filología de la droga. En la segunda parte de las memorias de Tablada, en *Las sombras largas*, hay cuatro capítulos sucesivos, del 39 al 42, en que el autor también habla de la marihuana y su argot, así como de su uso creciente en la sociedad mexicana pese a sus nefastas consecuencias. Tablada reconoce las virtudes de la droga pero subraya sobre todo sus peligros: “- ¡Marihuana! [...] ¡Viaje a la Cuarta Dimensión! ¡Ventana del Hiperespacio! Para los cerebros fuertes y las conciencias sanas; pero para los cerebros débiles y las mentalidades inferiores, desencadenamientos de las bestias internas, asesinato, posesión diabólica... De todos modos... ¡aventura siniestra!”.

Quizá la marihuana, por su connotación popular, forme parte de la herencia de Tezcatlipoca, pese a ser de origen asiático. En todo caso, junto al alcohol y la sífilis, afirma el narrador, forma parte de la Santa Trinidad del México de su época. Desde las cárceles y los cuarteles, la “yerba bruja” se extiende a nuevos ámbitos sociales, festejada por sus usuarios. Parecidas ideas exhibía Darío en el cuento mencionado, *Huitzilopochtli*, ubicado en tiempos de la revolución, y en donde el consumo de marihuana permite al personaje su encuentro con los dioses prehispánicos.

En Lugones, en Herrera y Reissig, en Clemente Palma, igual que en Darío y en Tablada, la droga puede ser la posibilidad para el artista de acceder a niveles del inconsciente más profundos, en una hazaña psiconáutica que lue-

go habrá de traducirse literariamente en poema, en cuento, en novela. Sin embargo, lo que puede ser bueno para el artista no lo es para la sociedad, una confirmación más del antagonismo existente entre el arte y su medio, tal como lo planteaba la estética modernista y decadente.

Así pues, por los rasgos mencionados (teosofía, mesianismo pedagógico, indigenismo arqueológico, referencia a las drogas), la novela de Tablada se relaciona con toda una producción narrativa más allá de las fronteras mexicanas, que va del modernismo a los años treinta, más o menos, vinculada a lo fantástico sin asumirlo del todo, poco atendida por la crítica literaria, debido en parte a la inaccesibilidad de los textos, situación que podría estar cambiando. Ojalá que la resurrección editorial de este texto sea una señal de cambio.

JOSÉ RICARDO CHAVES
Instituto de Investigaciones Filológicas